



## *Instituto Belgraniano de los Estados Unidos*

### ***A 200 AÑOS DEL HISTÓRICO ENCUENTRO DE SAN MARTÍN Y BELGRANO***

*Se lo llama “el abrazo de Yatasto”, por la posta salteña en la que se creyó que tuvo lugar, pero hoy se sabe que no fue allí donde se vieron por primera las dos figuras máximas de nuestra historia, sino en la posta de Algarrobos, a doce leguas de aquélla*

Por Martin Francisco Boneo

Después de la derrota de Belgrano en Ayohuma (14 de noviembre de 1813), el ejército patriota se retiró primero a Potosí y luego a Jujuy. El plan del general era reunir en esta última ciudad las milicias de Salta y Tucumán, resistir el avance realista y luego enfrentarlo en Tucumán. El coronel Dorrego debía encargarse de reunir en Jujuy y Salta lo que quedaba del ejército en retirada, para hacer frente a la invasión que amenazaba con llegar a Buenos Aires, apoyada por las fuerzas de Montevideo. Dorrego luchó valientemente contra la vanguardia realista, hasta que fue desalojado el 17 de enero de 1814, iniciándose de este modo un nuevo éxodo jujeño. El objetivo inmediato de la invasión de Pezuela era acabar con el ejército patriota en retirada antes de que éste se reuniese con los refuerzos enviados por el gobierno de Buenos Aires al mando de San Martín y que debían esperar a Belgrano en la posta de los Algarrobos, en Salta, a doce leguas de la de Yatasto.

En tanto los vecinos de Jujuy se oponían a los invasores en una especie de guerra de guerrillas, el ejército patriota se dirigía a Tucumán dividido en tres columnas, una de las cuales, al frente de la cual se hallaba el propio Dorrego, tenía por misión entretener a la vanguardia española con el fin de dar tiempo a Belgrano para que cruzase el río

Pasaje (o Juramento, desde el 13 de febrero de 1813, cuando el Ejército del Norte juró a sus orillas fidelidad a la Asamblea y a la bandera) y se reuniese con San Martín. La resistencia de Dorrego hizo posible este encuentro y la subsiguiente llegada de las tropas a Tucumán, donde San Martín asumió el mando del Ejército del Norte en reemplazo de Belgrano el 30 de enero. Cabe señalar que San Martín se había negado a tomar sobre sí esta jefatura por consideración a Belgrano, hasta que al final tuvo que transigir. De inmediato pondría a Güemes a cargo de la vanguardia, al frente de sus milicias gauchas. Sería Güemes el que acabaría echando a Pezuela definitivamente del territorio de las Provincias Unidas. Las tácticas de Güemes –basadas sobre todo en la sorpresa, el ataque rápido y el conocimiento de la geografía– se impondrían a la larga a la estrategia tradicional de los ejércitos convencionales. Era la Guerra Gaucha, que de algún modo daba la razón a Belgrano cuando planteaba la necesidad de la insurgencia popular y ponía en el centro al pueblo como artífice de la patria.

### *San Martín y Belgrano*

San Martín debía reforzar el Ejército del Norte con 700 plazas de infantería del batallón N° 7, 100 artilleros y 250 hombres de los dos primeros escuadrones de Granaderos a Caballo. Cuando Belgrano se enteró de que venía en su auxilio, le escribió: *Mi corazón toma aliento cada instante que pienso que Ud. se me acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con Ud. se salvará la patria, y podrá el ejército tomar un diferente aspecto. Empéñese Ud. en volar, si le es posible, con el auxilio, y en venir no sólo como amigo, sino como maestro mío, mi compañero y mi jefe si quiere, persuadido que le hablo con mi corazón, como lo comprobará la experiencia.*

San Martín debía recorrer un largo trecho hasta Salta, un itinerario de postas a través de las actuales provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Santiago del Estero y Tucumán. Sesenta y seis postas para cambiar caballos, recibir provisiones y alimentos para los animales. Treinta días de viaje marchando diez horas diarias durante los meses más calurosos del año, atravesando nieblas de mosquitos, desiertos y salinas.

El 17 de enero de 1814 tuvo lugar el primer encuentro entre ambos militares –Belgrano como jefe y San Martín como subordinado–, como dijimos, en la posta de Algarrobos, y no en la de Yatasto.

Hasta entonces San Martín y Belgrano sólo se habían relacionado por carta. Parece ser que la persona que los puso en contacto fue el comerciante liberal catalán José Mila de la Roca, que había conocido a San Martín en Buenos Aires y que fue secretario de Belgrano durante su campaña en el Paraguay. Según Mitre, “ambos se habían abierto su alma en esta correspondencia, y simpatizaron antes de verse por la primera

vez”. Al iniciar Belgrano su campaña sobre el Alto Perú, San Martín redactó para él unos cuadernos sobre materia militar, extractando las opiniones de los maestros de la guerra, y le dio sus consejos sobre las mejoras que convenía introducir en la organización de las diversas armas, especialmente en la caballería, “condenando el uso de los fuegos en ella, según los preceptos de la escuela moderna”.

Tras su doble derrota, Belgrano pidió insistentemente al gobierno ser reemplazado por San Martín, a quien admiraba como hombre y como militar. La admiración fue recíproca. San Martín pidió que no se sometiera a Belgrano a consejo de guerra, consejo del que finalmente, pese a todo, saldría justamente absuelto.

El gobierno rechazó el pedido de San Martín y ordenó que Belgrano viajara a Buenos Aires para ser procesado por segunda vez (la primera fue tras su fallida expedición al Paraguay). Sobre esta decisión, escribió el general José María Paz: “La separación del mando en jefe del general Belgrano fue un mal que ha pagado muy caro la República; no porque el general San Martín no fuera digno del reemplazo, y con ventaja, si se atiende a sus superiores conocimientos militares, sino porque habiéndose separado también a los pocos meses [para emprender el cruce de los Andes], dejó un vacío inmenso, que no pudo llenar el General Rondeau. Si el General Belgrano hubiese continuado o si hubiese vuelto a reemplazar al General San Martín, es seguro que nuestras armas no hubieran sufrido reveses tan vergonzosos y nuestros ejércitos no se hubieran desquiciado dejando en el Alto Perú el recuerdo de escándalos numerosos y acabando con el crédito que habíamos adquirido”.

El traspaso del mando de Belgrano a San Martín se firmó en Buenos Aires al día siguiente del encuentro de Algarrobo, el 18 de enero, y el decreto correspondiente llegó a destino a fin de mes, cuando ambos se encontraban en Tucumán –donde San Martín, obedeciendo las órdenes de Belgrano, debía “tomar todas las medidas y disposiciones que crea oportunas para la mejor instrucción y disciplina de la tropa y reclutas que hay en aquella ciudad y para el arreglo y adelantamiento de todo cuanto concierna y pertenezca al Ejército...”–, quedando entonces Belgrano, a la inversa, a las órdenes de San Martín, al frente del Regimiento N° 1, y cumpliendo de este modo su aspiración. El traspaso, como queda dicho, tuvo lugar el día 30 de enero.

Una vez consumado el cambio, Belgrano trató de transmitir a San Martín su profunda religiosidad. Así, en una de sus cartas le escribe que “no deje de implorar a N. Sra. de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra Generala, y no olvide los escapularios a la tropa. Deje Ud. que se rían; los efectos le resarcirán a Ud. de la risa de los mentecatos, que ven las cosas por encima”. Y concluía: “Acuérdese Ud. que es un general

cristiano, apostólico y romano; cele Ud. de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales, se falte el respeto de cuanto se diga a nuestra santa religión; tenga presente no sólo a los generales del pueblo de Israel, sino a los de los gentiles y al gran Julio César, que jamás dejó de invocar a los dioses inmortales y por sus victorias en Roma se decretaban rogativas. Se lo dice a Ud. su verdadero y fiel amigo Manuel Belgrano”.

Como nuevo jefe del Ejército del Norte, San Martín lo acantonó en Tucumán en una fortaleza en construcción llamada la Ciudadela. Allí consagró todos sus esfuerzos al adiestramiento de las tropas. Según él, era imposible formar ningún ejército sin un plan previo, y además el soldado debía formarse en el cuartel y no en el campo de batalla. Por otra parte, los reveses militares “se deben a que no tenemos un solo hombre para poner al frente de un ejército. Busquen a seis u ocho generales en Francia (que hoy no tienen qué comer), tráiganlos aquí y ya verán ustedes cómo cambian las operaciones y los acontecimientos”, le escribió al gobierno. “Métanse esto en la cabeza y se darán cuenta de que si no lo hacemos no saldremos adelante. Reconozcamos nuestra ignorancia y no dejemos que nuestro orgullo nos conduzca al abismo”.

Además, allí San Martín reflexionó sobre sus futuras campañas. Se convenció de que en el norte el país se desangraba en vano pues ya iban cuatro años de infructuosa lucha. Mientras siguieran llegando refuerzos del Perú, los realistas estarían en condiciones de entera ventaja. Gracias a haber ido al norte, haber tomado contacto personal con Belgrano, haber alternado con los oficiales veteranos de las campañas del Alto Perú, pudo llegar al convencimiento de la esterilidad de la lucha en el norte, lucha que se prolongaría indefinidamente. Y entonces concibió su grandioso plan del oeste: llegar a Lima por Chile y el Pacífico, quizás inspirado en el *Plan para capturar Buenos Aires y Chile y luego emancipar Quito y Perú*, diseñado en 1800 por general escocés Thomas Maitland (Malta, 1759-1824). Estos eran los puntos principales del plan: 1. Lograr el control de Buenos Aires. 2. Ocupar Mendoza. 3. Actuar en coordinación con un ejército libertador en Chile. 4. Cruzar la cordillera de los Andes. 5. Vencer a los españoles y apoderarse de Chile. 6. Seguir por mar hacia Perú y liberarlo.

Dentro de este plan, al Ejército del Norte le asignó como actuación, según Mitre, “una defensiva estricta en Jujuy, auxiliar la insurrección del Perú con algún armamento y estar pronto para obrar de acuerdo con el ejército de desembarco”. Cuando debió ser relevado Rondeau, a raíz del desastre de Sipe-Sipe, San Martín se pronunció a favor de Belgrano... Los términos de su carta del 12 de marzo de 1816 a Tomás Guido merecen recordarse y expresan su altísima estima por el creador de la bandera: “En el caso de nombrar quien deba reemplazar a

Rondeau, yo me decido por Belgrano: este es el más metódico de los generales que conozco en nuestra América; lleno de integridad y talento natural, no tendrá los conocimientos de un Moreau o un Bonaparte en punto a milicia, pero créame usted que es el mejor que tenemos en América del Sur”.

Finalmente, más allá de sus respectivos títulos de general, los dos protagonistas del encuentro del 17 de enero de 1814 coincidían en algo más: habían estado en España, San Martín combatiendo al servicio del Rey, Belgrano estudiando derecho en la Universidad de Salamanca. Sin embargo, habían llegado al generalato por caminos absolutamente distintos: San Martín era un militar profesional; Belgrano, un hombre a quien la fuerza de las circunstancias (las Invasiones Inglesas) convirtieron en militar. Un militar que, sin pasar por ninguna academia, se formó sobre la marcha, logrando las decisivas victorias de Tucumán y Salta, que asegurarían a la larga la independencia argentina.

En total, como militar español San Martín intervino en 17 acciones de guerra (la más importante de ellas fue la Batalla de Bailén, la primera derota de los ejércitos napoleónicos, que le permitió al Ejército de Andalucía recuperar Madrid). Durante las últimas tuvo la oportunidad de conocer a Lord Macduff, un noble escocés que fue uno de los primeros británicos que tomaron parte en la guerra de independencia española y que lo inició en el mundo de las logias secretas que conspiraban para obtener la libertad de América del Sur. Fue a partir de entonces cuando empezaron sus contactos con los círculos liberales y revolucionarios que simpatizaban con la causa independentista.

Todo esto lo llevó a renunciar a su carrera militar en España. Fue el 6 de septiembre de 1811. Partió el 14 de septiembre de ese año a Londres, y al llegar a la capital inglesa se alojó en el número 23 de la calle Park Road, en el distrito de Westminster Pronto conocería a compatriotas de la América española tales como Carlos María de Alvear, José Matías Zapiola, Andrés Bello o Tomás Guido. Todos ellos integraban la Gran Reunión Americana, una sociedad secreta fundada por Francisco de Miranda, quien junto a Simón Bolívar ya luchaba por la independencia de Venezuela.

En cuanto a Belgrano, en 1797, hallándose todavía al frente del Consulado, el virrey Pedro de Melo y Portugal lo nombró capitán de las milicias urbanas de Buenos Aires, esbozándose de tal modo el inicio de una carrera no deseada y de un destino de grandeza que estaba muy lejos de sospechar. Como dejó sorprendentemente asentado en su autobiografía: “Si el virrey Melo me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas de la capital, más bien lo recibí para tener un vestido más que ponerme, que para tomar conocimientos en semejante carrera”.

Al producirse en 1807 la segunda Invasión Inglesa, se convirtió en edecán del coronel español César Balbiani, jefe del ejército durante una breve ausencia de Liniers, que había viajado a la Banda Oriental. A Balbiani debió Belgrano la adquisición de sus primeros conocimientos militares serios, aunque después de la derrota definitiva de los ingleses volvió al Consulado y abandonó sus estudios en este campo.

El 12 de enero de 1812 San Martín se embarcó con destino a Buenos Aires, adonde llegó el 9 marzo de ese año. Belgrano había vuelto a su ciudad natal en 1794. Como en el caso de San Martín, sobre él influyó la Revolución Francesa, haciéndole adoptar el ideario liberal de fines del XVIII. Rodeado de la élite intelectual española, se impregnó del espíritu de la época: cuestionamiento del derecho divino de los reyes, defensa de los principios de igualdad ante la ley y de libertad, y aplicación universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.



*Óleo de Augusto Ballerini (1857 - 1897)*